

## 2.ª EPÍSTOLA A TIMOTEO

### Introducción

La segunda epístola a Timoteo viene a expresar los sentimientos del corazón del apóstol, que fuera de Palestina instituyó, en nombre de la divinidad, la iglesia de Dios. La carta se escribió teniendo en cuenta su fracaso y alejamiento de los principios en los que se había fundado. Dios permanecía fiel; su fundamento sólido y estable contrastaba con la obra encomendada a los hombres, que se tambaleaba y era decadente. El conocimiento de este estado de cosas, que mostraba además un matiz falaz por la manera como habían abandonado al apóstol, atenazaba el corazón de Pablo, que se desahogaba ante el fiel Timoteo. Por estos medios, el Espíritu nos instruye con la solemne verdad de que la asamblea no había sido capaz de mantener su primer estado, y nos expone los caminos más seguros para aquellos que buscan a Dios y desean complacerle en medio de este estado de cosas.

El apóstol Juan nos relata la historia de la caída y el juicio de la asamblea en su esfera terrenal, así como la del mundo y sus juicios. Plantea ante nosotros una vida que, al margen de todas las cuestiones derivadas de la vida asamblearia, continúa siempre igual y nos capacita para disfrutar de Dios y parecernos en su naturaleza y carácter.

Como testigo concluyente, Juan tenía que continuar hasta el regreso del Señor, pero Pablo ve por sí mismo la ruina en que se había convertido lo que él edificó, y esto le preocupaba mucho. Había gastado su vida por la asamblea y cumplido lo que traían aparejado los sufrimientos de Cristo, viendo que lo que había amado tanto estaba dañado en su constitución y debilitaba su testimonio ante el mundo, tras corromperse y apartarse del origen de su fortaleza. Sus cuidados habían sido los de una madre que se preocupa por sus hijos, plantando en la tierra lo que era divino. Qué experiencias más desagradables sobrevienen al siervo de Dios en todas las épocas y dispensaciones. En realidad, sabe que el poder divino obra para sembrar el testimonio, pero pronto ve el fracaso de los hombres en él. La casa habitada por el Espíritu Santo, convertida en un muladar, es fuente de malversación de los bienes espirituales. Sin embargo —nos gusta sobremanera repetirlo con el apóstol—, el fundamento firme del Señor permanece por la eternidad. Sea cual fuere la condición de la compañía entera de los santos, el individuo debe apartarse siempre de iniquidad y mantener él solo, si fuera preciso, el verdadero testimonio del nombre del Señor. Esto es algo en lo que nunca debería fallar el alma fiel.

En vista de la mezcla y confusión que empezaban a verse en la asamblea, el consuelo del apóstol se basaba en estos dos principios, al tiempo que recordaba con gozo la comunión y fidelidad de otras almas amadas. En tal consideración tenía a Timoteo y Onesíforo en las aflicciones del evangelio, en el sufrimiento que le causaba el abandono al que le habían relegado tantos una vez hubieron ratificado su testimonio delante del Señor.

### Capítulo 1

El apóstol parte del terreno de la gracia y de la vida de los individuos, privilegios eclesiales aparte. Estas personas no habían cambiado en lo esencial, pero él no podía seguir relacionándolas con el cuerpo. Aquí se llama apóstol según la promesa de la vida eterna que está en Cristo Jesús.

Pablo prepara su discurso para su amado discípulo, de cuyo afecto tanto se acuerda. Deseaba mucho verle, porque se acordaba de las lágrimas que Timoteo derramó cuando él estuvo prisionero y tuvieron que separarse, quizá en aquella ocasión en que la noticia había llegado a sus oídos. Se trata de la confianza de un amigo que habla con otro y conoce su corazón. Vemos algo de esto en la cruz de Jesús, de manera perfecta y peculiar en él, cuando dijo aquellas palabras a su madre y a Juan. Una forma similar de decirlo habría sido inapropiada en Pablo. Los afectos humanos se manifiestan por causa de las propias necesidades y las del corazón. Las

necesidades del Señor surgieron por propia condescendencia. Con él todo es perfecto *per se*, y en cuanto a nosotros estas cosas ocupan su debido lugar por la acción de la gracia. Cuando acaba el plazo de una separación iniciada para el servicio, la naturaleza que es según Dios es devuelta a su sitio. En el servicio consagrado de la ofrenda de carne pasada por el fuego, la miel no desempeñaba ninguna función.

El apóstol no vuelve a referirse en el versículo 3 a su obra, sino a su posición personal, debidamente conocida por el Espíritu. Había servido a Dios siguiendo las huellas de sus antepasados con una conciencia pura. Era un vaso de honra en todos los sentidos. Durante más de una generación, sus antecesores se habían distinguido por poseer buena conciencia, y la piedad personal, basada en la verdad, se exponía públicamente en el servicio. Pablo no está emitiendo ningún juicio respecto a la posición personal de cada generación, formada por otras características. Lo que hace es recordar un hecho similar con relación a Timoteo, pero aun así su caso tiene que ver con la fe del discípulo conocida por Pablo, de modo que el vínculo que los unía —aunque solo fuera por afinidad cristiana— era genuino. En lo que respecta a su profesión, está ausente el judaísmo, dado que el padre de Timoteo era gentil y su desposorio con una judía había sido juzgado como inmundo por la ley. Esto habría podido granjearle mala reputación al discípulo y privarle de sus derechos judíos, ya que tampoco estaba circuncidado. Pablo le circuncidó, pero no como estipulaba la ley, a menos que estuviera haciendo proselitismo. Tanto los paganos como sus hijos quedaban excluidos, como leemos en Nehemías. El acto de Pablo superaba la legalidad, dejando a un lado al padre gentil, para hablar únicamente de la fe personal y auténtica de la madre de Timoteo, de la de su abuela y la de su amado discípulo.

El estado de la asamblea era solo una ocasión más para el ejercicio de su fe y la fervorosa actividad del corazón valeroso. Los problemas y los peligros se multiplicaban por doquier, y la infidelidad de los cristianos en nada se distinguía a la del resto; pero Dios no se achanta a la hora de actuar para su pueblo. No ha dado a los suyos un espíritu de temor, sino de amor y de poder junto con una mente preclara, de manera que el obrero del Señor y varón de Dios, que, como delegado, se guardaba en la comunión, tenía que ejercitar ese don y, tal como expresa admirablemente el apóstol, resistir con valor y empuje las aflicciones del evangelio si el poder de Dios lo requería. En el caso de Timoteo, el apóstol citaba un don especial del Espíritu que se le había otorgado por la imposición de manos. En la primera epístola, mencionaba la profecía que le había llamado a poseer este don y nos decía que iba acompañado de la imposición de manos por parte de los ancianos; pero lo que nos dice ahora es que la imposición que él hizo a Timoteo era el medio de que pudiera ser otorgado el don.

El apóstol le recuerda esta prueba de poder verdadero refrendada por su ministerio, teniendo en cuenta que era más difícil ejercerlo durante este periodo. Cuando las cosas marchan bien y el evangelio avanza de manera extraordinaria, dejando al mundo asombrado, prospera la obra pese a las dificultades como resultado de la tenacidad de los hombres, que ganan autoestima. Pero cuando hay otros, incluidos los cristianos, que abandonan al obrero en momentos en que vienen los males causados por las artimañas del enemigo, el amor se apaga y nada es fácil pese a existir fidelidad, y se enciende la luz de la prudencia que hace al cristiano detener su paso a cambio de permanecer firme en las circunstancias. Hay que poseer el cristianismo de Dios para saber por qué motivo permanecemos confiados, continuar en la comunión con él para lograr la fuerza necesaria y el sustento de su gracia que nos permitan seguir trabajando en su nombre.

Dios nos ha dado el Espíritu poderoso y un pensamiento cabal. El apóstol recibió su cometido de parte de él, por lo que fue capaz de concederle a Timoteo el don que necesitaba para su nuevo servicio. Sin embargo, el estado espiritual y anímico del que podía echar mano formaba parte del bagaje de cada cristiano que confiaba de veras en Dios. Tampoco tenía Timoteo por qué avergonzarse del testimonio, que iba perdiendo empuje en el mundo, ni de Pablo, que estaba a la sazón prisionero. Valioso era poseer lo que es eterno y está fundamentado en la poderosa obra divina. Había, desde luego, sufrimiento por propagar el evangelio, pero Timoteo debía participar de aquel y no apocarse, a fin de seguir adelante con el poder de Dios.

Él nos ha salvado y llamado con un llamamiento santo, no con motivo de nuestras obras, como si pudiéramos depender de ellas, sino a propósito de la gracia que nos dio en Jesucristo antes de la fundación del mundo. Esta es la base firme e inamovible, la roca del alma contra la que en vano rompe el oleaje perturbador con su irresistible ímpetu y, sin embargo, demuestra ser totalmente ineficaz, tratándose del propósito de la obra divina. Los esfuerzos del enemigo solo demuestran su total falta de capacidad ante todo lo que Dios representa y ha hecho por nosotros. El apóstol acusa en ellos su ministerio y los sufrimientos por los que pasaba. Sabía en quién había creído, por lo que su felicidad permanecía a buen recaudo.

Lo que tenemos que buscar es el poder espiritual, a fin de comprender el don de Dios mediante la fe. De este modo no olvidaremos el sentido de nuestra unión con Cristo, en lo que a nuestros corazones y fe práctica se refiere, sobre este fundamento imperturbable, que es nada menos que la inmutabilidad y la gloria de Dios. Su propósito se ha manifestado dándonos un lugar y parte en Cristo.

Ya no existía una nación en la tierra que hubiera sido elegida para exhibir los principios del gobierno divino y sus justos caminos, de forma reiterada, vigorosa y equilibrada, pese a lo inmutable de los consejos de Dios y su firme llamamiento, como manifestó al respecto el pueblo que él llamó. Ahora se trataba de un consejo formado y establecido en Cristo antes de llamar el mundo a la existencia, y a este consejo se le ha dado lugar en Sus caminos, fuera del mundo y por encima de él, en una unión con la persona del Hijo para exhibir en la gloria a un pueblo. Así, tenemos una gracia que se nos dio antes de la creación del orbe. Escondido en Sus consejos, este propósito se dio a conocer con la manifestación de Aquel que tenía que cumplirlo. No eran solo las bendiciones y los tratos de Dios con los hombres, sino la vida eterna en el alma y la incorruptibilidad del cuerpo. Así llegó Pablo a ser apóstol según la promesa de vida.

Cuando Cristo vivía —en él estaba la vida—, este propósito de Dios no llegó a cumplirse en lo que a nosotros se refiere. El poder de la divinidad, su fuerza vital, tenía que manifestarse antes en la destrucción del poder mortal que el pecado introdujo, en virtud del cual Satanás dominaba a los pecadores. Con su resurrección, Cristo anuló la muerte, y por el evangelio sacó a la luz la vida y la inmortalidad, este estado de la vida eterna que arrebató el cuerpo y el alma y se los lleva lejos del poder letal. Así fue cómo se propagaron las buenas nuevas a todos los hombres. Al estar fundamentado en los consejos eternos y la persona de Cristo, con una obra cumplida fuera del ámbito judío y con el carácter del gobierno de Dios, el evangelio de Pablo se dirigía a todas las personas, judías y gentiles sin distinción, por tratarse de la manifestación de los poderosos consejos que libraron al hombre del dominio de la muerte gracias al logro de una victoria, y que le inmunizaron en virtud de su estado transformado por la acción del poder y propósito divinos. Sabiendo que Adán había muerto por culpa del pecado, que Cristo revivió por el poder de la vida de Dios, el apóstol anunciaba estas buenas nuevas al hombre sobre la liberación y el estado completamente nuevo de cosas.

Fue llamado a proclamar este evangelio como mensajero. Sufría y no se avergonzaba de hacerlo, dado el sentido que transmitía dicho sufrimiento. Sabía en quién había creído y en su poder, en el evangelio que pregonaba y, por ende, en la victoria de Aquel en quien ponía la fe. Podía morir en cuanto a la vida recibida del primer Adán, ser deshonrado y avergonzado en este mundo, pero la vida cristiana, cuyo poder ganó un lugar para el hombre (ajeno a la condición adánica), era la vida que Cristo posee, y por ella fue tocado el apóstol. No que la vida no hubiera estado allí antes, sino que la muerte y el que tenía su poder no habían sido todavía vencidos, permaneciendo la oscuridad más allá de la tumba. Un destello de luz podía atravesar las tinieblas y establecer la base apropiada para la lógica conclusión del fariseo, pero la vida y la incorruptibilidad no vieron la luz hasta que Cristo resucitó.

Como expresa el apóstol, él no defiende «en lo que he creído», sino «en quien he creído». Una diferencia notable que, en lo que respecta a nuestra confianza, nos lleva a relacionarnos con Cristo. El apóstol había hablado de la verdad, de una verdad aliada con su Persona. Él es la verdad, en él tiene vida, poder y un vínculo con el amor que lo hace real, manteniéndola en el

corazón. Había confiado su felicidad al que la albergaba, y de ella participaba por el poder que la sustentaba, con la herencia de la gloria de su porción guardaba en el cielo.

Alentado por esta esperanza y confiándose a Jesús, había aguantado todo por causa de él y los que eran suyos, aceptando sufrir en esta tierra, por lo que ya se encontraba listo para morir día tras día. Confió esta felicidad a Jesús previendo la gloria de la otra vida, trabajando en el ínterin con la seguridad de saber, sin temor a equivocarse, que lo que había encomendado al Señor lo recibiría al verle, terminados ya los sufrimientos. Con esta esperanza, le entregó su felicidad y gozo para volvérselos a encontrar aquel día.

Su carrera pronto iba a terminar, y vuelve la mirada a Timoteo para confiarle el bienestar de la asamblea. Le exhorta a que sea diligente y retenga la verdad, como le había dicho que era el testimonio del Señor; pero la certeza de su cumplimiento era por la fe en Cristo, por el poder del amor proveniente de la comunión con él. Esto es lo que, como decimos, había llegado a comprender el apóstol. La verdad y la vida de Jesús experimentadas por la gracia, la fe y el amor le otorgaban poder y valor, y son, por así decir, los pivotes de la fuerza y la fidelidad para el varón de Dios en todas las épocas, especialmente cuando la asamblea comete deslealtad.

La verdad que enseñaban los apóstoles, su manera de expresarla y de presentarla con «la forma de las sanas palabras», sirvió de inspiración para expresar lo que Dios tenía el placer de revelar en el marco de unas relaciones a las que se vinculan la verdad y sus distintas partes. Nada que no fuera la revelación habría podido expresarla. Dios revela todo, y por su palabra todas las cosas existen. Él es el origen de todas las cosas, por cuya naturaleza constituye su propio centro. Todo mana de él y está relacionado con la Persona viva, con la Fuente de la que todo deriva su existencia. Esta existencia subsiste solo en conexión con él, y la relación de todo con él y todas las cosas entre sí se encuentra en la expresión de su mente, en la medida en que comienza a entablar relación con el hombre. Si aparece el mal, en cuanto a la voluntad o sus consecuencias sobre un juicio, es porque esta relación se halla rota, y una relación rota colma todos los males.

Vemos la inmensa importancia que tiene la palabra de Dios: plasmar la relación de todo con él, ya sea respecto a su existencia —la creación—, sus consejos y naturaleza, o a la comunión del hombre con él y la comunicación de vida que recibe. Procede del cielo igual que la palabra de vida, y es para el hombre; le lleva hasta la fe, pero en realidad le conduce hacia donde la palabra de vida se ha transformado en humana.

Cuanto más veces estudiemos la Palabra, más importancia sabremos darle. De manera similar, la palabra de vida se origina en lo alto, revelando lo que hay allí, y se adapta perfectamente al hombre, proporcionándole un modelo celestial. Si somos espirituales nos guiará hasta allí, pues nuestra conversación está en el cielo. Hay que saber distinguir entre la relación que el hombre mantenía como hijo de Adán, y ahora como hijo de Dios. La ley determina cuáles son los requisitos de esta relación, su norma de vida para los hombres, que merecían morir. Una vez que somos hijos de Dios, la vida del Hijo humano se transforma en nuestra regla de vida: «sed imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor como Cristo nos ha amado».

En su naturaleza, como Autor de la existencia y centro de toda autoridad y subsistencia, Dios es el núcleo sustentador de todo. En cuanto a sus consejos, Cristo forma el centro, y en este tiene un lugar peculiar el hombre. Los placeres de la sabiduría estaban en él desde toda la eternidad, como acabará estando todo a sus pies un día. Para que no hubiera separación alguna —lo que era imposible— entre la naturaleza y consejos divinos, Dios se humanó y Cristo le reveló en el Verbo encarnado. Esta naturaleza, su expresión, se encuentra en el objeto de sus consejos y forma su centro. Cristo es la verdad, el lugar central hacia el que todas las relaciones existentes convergen. A través de él y por él somos, o bien estamos contra él y subsistimos por él. Si somos juzgados, lo somos como enemigos. Él es la vida, espiritualmente hablando, de todos cuantos gozan la comunicación de Su naturaleza, y el Sustentador de cuanto existe. Su manifestación saca a la luz la posición que todo ocupa. Las palabras que dice son de Dios, son espíritu y vida, vivifican y se comunican por gracia, juzgando la responsabilidad de sus criaturas.

Él es la revelación del amor. Dios es amor, y en Jesús el amor entra en acción. Lo sabe el corazón que le conoce. Quien conoce a Jesús, vive en el amor y sabe cómo es el divino. Pero Él es también el objeto en quien Dios se revela y despierta toda nuestra confianza. La fe nace por Su manifestación. En realidad, ya existía a través de la revelación parcial de su mismo objeto, por medio del cual Dios se daba a conocer. Pero fueron solo anticipos de lo que luego se cumplió de manera absoluta en la manifestación del Hijo de Dios. El objeto es el mismo; antes, el sujeto de la promesa y la profecía; ahora, la revelación personal de todo lo que Dios es, la imagen del Dios invisible, en la que el Padre también es conocido.

La fe y el amor se originan en el objeto que, por gracia, ha sabido crearlos en el alma; un objeto gracias al que la fe aprende lo que el amor significa y por el cual se ejercita. Por él creemos en Dios. Nadie le ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno paterno, le ha revelado. Así es como se revela la verdad, puesto que Jesús es la verdad y la expresión de lo que Dios es, para poner todas las cosas en su lugar y las correspondientes relaciones de unos con otros en Dios. La fe y el amor deben la razón de su existencia a la revelación del Hijo de Dios, de Cristo el Salvador.

Hay otro aspecto del cumplimiento de la obra y los consejos divinos que no hemos mencionado todavía: la comunicación de la verdad y el conocimiento de Dios. Es una obra que hace el Espíritu Santo, en quien se unen la vida y la verdad, pues somos engendrados por el Verbo. La energía divina de la deidad actúa en todo lo que concierne a Dios con la criatura, o a la criatura con Dios. Al actuar en esta perfección como Dios, unido al Padre y al Hijo, el Espíritu revela los consejos de los que ya hemos hablado y los hace efectivos en el corazón, según los propósitos paternos y la manifestación de la persona y obra filial. He dicho la energía divina, pero no como definición teológica —lo cual no es mi intención aquí—, sino como una verdad práctica, ya que si atribuimos al Padre y al Hijo todo lo relacionado con la criatura (excepto el juicio, que se deja totalmente en manos de Jesús por ser el Hijo del hombre), también lo atribuimos al Espíritu donde haya una acción directa y creacional sobre la criatura.

El Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas cuando se formó la Tierra, y por su espíritu fueron adornados los cielos. Somos nacidos y sellados por el Espíritu. Hombres santos de Dios hablaron por medio de él, que distribuía mediante su operación los dones a quienes quería darlos, y él es quien da testimonio a nuestro espíritu gimiente, por lo que oramos para que se nos conceda esta gracia. El Señor, nacido hombre en este mundo, fue concebido por el Espíritu Santo, y por el Espíritu Dios expulsó demonios. El Espíritu da testimonio de todo, de la verdad contenida en la Palabra: el amor del Padre, la naturaleza y gloria divinas, su carácter, la persona, gloria y amor del Hijo, y su obra, todo lo cual forma la sustancia de la revelación que vincula al hombre con estas verdades.

El testimonio espiritual sobre estas cosas es la Palabra, que reproducida a través de los hombres toma forma de verdad establecida oficialmente por la revelación. Cristo es la verdad, como hemos visto, y el centro de todos los caminos divinos. Pero de lo que hablamos aquí es de su comunicación, para de este modo decir que la Palabra es verdad. Pese a que se comunica por unos medios humanos, adoptando una forma determinada, su origen es divino e igual a quien la ha comunicado. Se dice del Verbo que no habla de sí mismo, salvo del Padre y del Hijo. En consecuencia, la revelación de la verdad contiene toda la profundidad de una relación universal inseparable de Dios, sin la cual no podría llamarse verdad, pues todo lo que se halla separado de él es la mentira. La verdad posee esta revelación, y pasa a ser, de un modo inevitable, la expresión de cuantas relaciones tienen con Cristo las cosas que proceden de Dios, de sus pensamientos. También juzga esta revelación aquello que no concuerda con dichas relaciones, por el valor del vínculo roto y el lugar que aquello mismo ocupaba en él. Si se recibe esta palabra con el despertar de la obra espiritual en el alma, es eficaz. Hay fe, y el alma se encuentra en una relación práctica y vital con Dios por lo expresado en la revelación. La verdad, que habla del amor divino, de la santidad y la purificación del pecado, de la vida eterna y la relación de hijos, nos lleva a una asociación actual y viva cuando es recibida en el corazón, tal como él concibe y

revela al alma otras verdades vitales, porque el Espíritu lo ha dispuesto así. Conocer la revelación de la verdad —todo lo que nos dice— y oír la voz de Dios en la Palabra es lo que llamamos fe.

Todo esto demuestra ser cierto en el Verbo revelado, antes incluso de que yo crea en él y de que pueda hacerlo, aunque el Espíritu Santo me haga escuchar la voz divina, lo cual produce fe. Lo revelado en la Palabra expresa lo que pertenece, por una parte, a lo infinito, y por otra, a lo finito, a aquello que abarca la profundidad de la naturaleza de Dios, de quien procede todo y cuyos derechos tienen que ver con las cosas que van desarrollándose en la creación y que son externas a él.

Podemos decir que la unión de Dios con el hombre en la persona de Cristo forma este centro (más ahora que lo sabemos), como lo forma la palabra inspirada al expresar la perfección de la divinidad. Bendecimos a Dios por ello, pues el Salvador forma el tema principal de las Escrituras, que, como él dijo, rinden Su testimonio en términos humanos.

Siendo esta Palabra divina e inspirada, también es la expresión de la naturaleza de Dios, de las Personas y Sus consejos. Nada que no esté inspirado así juega este papel —excepto Dios, que expresa y revela aquello que él es—; de ahí que lo que contiene la Palabra sea infinito, porque es la expresión —y está relacionado con ella— de las profundidades de su naturaleza, como infinita es su relación, expresada en aspectos limitados para adaptarse al hombre finito. No hay nada más que pueda expresar de un modo divino la mente y la verdad de Dios o esté directamente relacionado con una fuente incorrupta, pese a tener un único origen. La conexión inmediata es nula. Un árbol crece desde la raíz y se desarrolla con la fuerza vital que le proporciona la savia que sube de la cepa. Consideramos sus partes, porque Dios las ha puesto ahí, como secciones. Vemos crecer su tronco y contemplamos la belleza del árbol en sus mínimos detalles, un conjunto en que se combinan la libertad y la armonía de formas diseñadas por una vida. Observamos que se va entrelazando un sistema conservado por la vida que lo produce. Las hojas, las flores, el fruto... nos cuentan acerca del calor del sol que les da crecimiento, del incesante borboteo del agua que los nutre. Sin embargo, no podemos separar una parte, por hermosa que sea, del resto del árbol sin robarle su energía esencial y relación con el conjunto.

Cuando el poder espiritual nos presenta la verdad, esta comienza su desarrollo vinculado con el origen, ya sea en la revelación, en la vida o el servicio de los individuos, aunque pueda existir, en estos dos últimos casos, una mezcla de otros elementos si tenemos en cuenta la debilidad del hombre. Si la mente discierne la verdad e intenta atribuirle una forma, lo hace según sus propias capacidades, pero no crea su origen. Y aunque exprese la verdad tal cual, pura como es, se halla separada, en el hombre, de su origen y sistema; pero, además, la forma que quiera encontrarse para ella llevará siempre la marca de la debilidad. Solo se ha podido presentar y comprenderla en parte. Como resultado, ya no se trata de la verdad. Cuando el individuo quiere separarla del círculo en que Dios la ha circunscrito, no le queda más remedio que adornarla de formas humanas, y pronto entra el error para producir una mezcla. Así, no hablamos ya de una parte vital del conjunto, sino parcial, y por esta misma razón no se trata ya de la verdad, sino de una amalgama del error. Así obra la teología.

Cuando Dios expresa la verdad, hay en ella amor, santidad y autoridad, pues estas cosas son en él la expresión de sus relaciones con el hombre y de la gloria de su Ser. Si quisiéramos aportar a la verdad nuestro propio modelo, carecería de todas sus cualidades divinas y Dios no estaría hablando. Pero como es él quien le da forma, la verdad subsiste, y al expresarse emite palabras veraces. Retenerla bajo la forma en que la ha entregado y respetar su configuración, tiene toda la importancia. Sostenemos una relación con él por la certidumbre de las palabras que nos ha revelado. Este es el firme recurso del alma cuando la asamblea ha perdido su fuerza y poder y no es considerada el sustento de las débiles almas. Deja de responder al carácter que se le ha dado en la primera epístola de columna y baluarte de la verdad.

Se nos llama a retener la verdad, de manera precisa, como revelación de Dios que se nos ofrece en las palabras que la han dotado de forma, comunicando Sus hechos y pensamientos, necesarios para la salvación de los hombres y su participación en la vida de Dios.

Solo podemos estar seguros de la verdad cuando retenemos el lenguaje divino que contiene. Por gracia, podré hablar de ella con toda libertad, intentando explicarla y comunicarla, apremiarla en la conciencia con la medida de luz y el poder espiritual que me hayan sido concedidos, y podré demostrar la belleza y relación que guardan sus variadas partes. Todo cristiano, sobre todo los que poseen un don de Dios a tal fin, pueden llevarlo a cabo. Pero la verdad que explico y propongo es tal y como Dios la ha revelado con sus propias palabras. Retengo la forma de las sanas palabras que he recibido de un origen y autoridad divinos, lo que me hace afianzarme en ella.

Es importante destacar aquí el papel de la asamblea cuando es hallada fiel. Recibe y mantiene la verdad con su fe, guardándola, siéndole leal y sometiénose a ella como la revelación dada por Dios. La asamblea no es el origen de la verdad, porque por definición no la propaga ni la enseña: dice «yo creo», no «creed». Esto último es la función que desempeña el ministerio en el que el hombre mantiene su relación personal con Dios, a través de un don recibido de cuyo ejercicio es responsable. Quienes poseen este don son miembros del cuerpo. La asamblea ejerce la disciplina con relación a todo lo que es carnal en los miembros en el ejercicio de un don. Preserva su pureza sin hacer acepción de personas, guiada en todo momento por la Palabra. Esta es su responsabilidad, pero no enseña ni predica.

La Palabra antecede a la asamblea porque esta ha sido congregada por aquella. Pablo y los apóstoles, todos aquellos que fueron dispersados a causa de las persecuciones, y las miles de almas fervientes, proclamaron la palabra y la asamblea fue llamada. Se dice que existía antes de las Escrituras. Respecto al contenido del Nuevo Testamento esto es cierto, pero la palabra que se predicaba era anterior a la asamblea. La asamblea es fruto de dicha predicación, nunca el motivo. La edificación de la iglesia, tras haber sido congregada, es algo que procede de Dios, por los dones que ha concedido y que el Espíritu Santo ha querido distribuir.

Las Escrituras constituyen el medio que Dios utiliza para preservar la verdad y darnos la seguridad acerca de ello, vista la falibilidad de los instrumentos mediante los cuales se propaga desde que cesó la revelación. Si al principio llenó a determinadas personas con Su Espíritu, de manera que excluyó toda clase de error de su predicación, entonces las revelaciones no contenían nada que no fuera Su palabra, y, no obstante, como regla general la predicación es el fruto del Espíritu en el corazón, su espiritualidad, tanto en cuanto exista la posibilidad de error. Sea cual fuere el poder de la obra del Espíritu, nuestro papel es juzgarlo (cf Hch 17:11; 1Co 14:29). Más adelante veremos que al formular este juicio, son las Escrituras las que dan total seguridad a quienes son guiados por Dios.

En lo que respecta a esta cuestión de sus caminos, tenemos tres cosas estrechamente relacionadas y al tiempo distintas: el ministerio, la asamblea y la palabra de Dios, esto es, la palabra escrita; cuando no es escrita, pertenece al orden ministerial. El ministerio tiene esta función en lo que a la Palabra se refiere, pues no se trata de un único servicio como predicar al mundo, enseñar o exhortar a los miembros de la asamblea.

La asamblea disfruta de la comunión con Dios, se nutre de él y va creciendo con lo que sus diferentes miembros le proporcionan. Es guardiana de la verdad, y en la confesión que de ella hace, rinde su testimonio. Mantiene la santidad, y por la gracia y presencia del Espíritu Santo goza de la mutua comunión, preocupándose con amor de las necesidades temporales de todos sus miembros.

La palabra escrita es la regla que Dios ha dado, y contiene todo lo revelado. Está completa (Col 1:25). Precisamente porque se trata de la verdad, la palabra puede ser el medio de comunicarla a un alma y que el Espíritu Santo la utilice. De todas maneras, para la asamblea constituye la norma perfecta y autoritativa de la comunicación de la mente y la voluntad divinas.

La asamblea tiene que someterse y ser fiel, carecer de voluntad. Su función no es la de revelar, sino retener la verdad con su confesión, cuidar aquello que posee sin hacer ningún tipo de revelación, velando por lo que ha recibido con el deber de guardarlo fielmente. El hombre lidera en ella, esto es, Cristo, y la mujer obedece y se mantiene fiel a los pensamientos de su

esposo, o al menos así debería ser (1Co 2). Estas son las únicas funciones de la asamblea. Los oráculos de Dios tienen un compromiso con ella, pero ella no los representa, solo los obedece.

El ministro está obligado a mostrar la misma clase de fidelidad en lo personal. Así es como lo entendemos, y en nuestra epístola vemos esta responsabilidad individual. Lo que la asamblea es en este sentido, se revela en el capítulo 3 de la primera carta. Aquí se trata del individuo, quien tiene que retener esta forma de las sanas palabras adquiridas por origen divino, pues el apóstol era también, en sus deberes apostólicos, un instrumento. Ni Timoteo ni la asamblea podían configurar la forma de las sanas palabras. Su parte solo consistía en retenerla después de haberla recibido.

Y como ya hemos dicho, independientemente de la infidelidad de la asamblea, el individuo tiene la obligación de permanecer fiel y demostrarlo siempre.

Por consiguiente, es lo que debemos hacer. La verdad que se nos expone es la palabra inspirada que tú, lector, y yo, tenemos que retener en la forma en que se nos presenta, y hacerlo no como proposición, sino en unión con la Cabeza y con fe. La fuerza para lograrlo viene de arriba. Ahora se nos presenta otra cuestión. Se le ha dado el Espíritu Santo, pero aquí la asamblea atraviesa un periodo de infidelidad (v 15); tiene al Espíritu el varón de Dios, el creyente y cada siervo relacionado con el servicio que le ha sido asignado. Por medios espirituales debemos guardar lo bueno encomendado a nosotros. En tiempos como los nuestros, las cosas han ido a peor. Poseedor de la promesa de vida, viéndose abandonado por todos, el individuo tiene que retener la verdad con una forma de las palabras que revele su autoridad. Es lo que nos explica la Palabra, no solo doctrina. La gente podrá decir que conoce la doctrina de Pedro y de Pablo, pero no que tienen la palabra —la forma de la verdad como ellos la divulgaron— de sus escritos. El individuo tiene que retenerla con el amor y la fe que están en Cristo. Además, deberá guardar, por el poder espiritual, la sustancia de la verdad, lo que se nos ha dado como tesoro, el depósito de riquezas que hemos recibido como porción terrenal.

En los versículos 15 al 18 vemos que la mayoría había dado la espalda al apóstol, por lo que el gesto de afecto y lealtad que un solo miembro pudiera mostrarle suponía un gran consuelo para él. ¡Qué cambio desde que comenzó el Evangelio! Comparad a los tesalonicenses y a los efesios, eran la misma gente a la que Pablo predicó —y Éfeso la capital de la entonces conocida Asia Menor, donde escucharon el mensaje evangélico—, ¡y qué abandonado le tenían ahora!

Por supuesto que no debemos pensar que todos habían dejado de confesar el cristianismo, pero sí es verdad que su fe estaba debilitada y no les gustaba identificarse con un hombre caído en desgracia con las autoridades, rechazado y perseguido hasta que dio con sus huesos en la cárcel. Era un hombre cuya energía le acarrearaba oprobio y problemas personales. Ellos le abandonaron, dejándole que respondiera por sí mismo. Triste desenlace de un declive espiritual. ¿Qué sentimientos debían animar al varón de Dios en todo momento? Los que le hacían sentirse fortalecido en la gracia de Jesucristo. Cristo no había cambiado, fuera cual fuese la circunstancia de los hombres, y aquel que sufría por esta deserción podía, sin venirse abajo, exhortar a su amado Timoteo a perseverar en la Palabra. En ninguna parte encontramos al varón de Dios con un valor resolutivo más íntegro que en esta epístola, la del testimonio del fracaso y ruina de la iglesia.

La verdad era el especial tesoro que se le confió, y no era lo único que debía guardar, pues como ya hemos visto, tenía que cuidar también de que se comunicara y propagara a los demás cuando Pablo ya no estuviese. Lo que Timoteo había escuchado de él en presencia de muchos testigos que podían dar garantías de su convencimiento de la verdad, y que había corroborado a los demás como mensaje que recibió del apóstol, tenía que comunicarlo a cuantos fueran fieles y capaces de enseñar a otros. Este era el medio ordinario de hacerlo. El Espíritu no defiende la autoridad de la asamblea si se trata de dar una revelación. Bien instruido en la doctrina que el apóstol predicaba, y confirmado en sus opiniones por otros muchos testigos que también aprendieron de Pablo, Timoteo tenía que hacer llegar la verdad de manera fiel a otros hombres que caminaban con lealtad. Esto no tenía que ver con conferirles autoridad alguna ni con la consagración a un servicio, como alguien dijo. Se trataba de comunicarles la verdad que recibió



de Pablo. Este método rechaza la idea de una asamblea propagadora de la verdad. Esto era asunto del fiel hijo en la fe del apóstol, de su ministerio.

Timoteo tampoco era ninguna autoridad, sino un instrumento de comunicación con capacidad de otorgar el mismo don a los demás, algo muy distinto a encarnar la regla de la verdad. Lo que había oído es lo que tenía que comunicar, y los demás testigos eran la garantía contra la introducción de cualquier tipo de errores, incluso de las opiniones de Timoteo si él se hubiera sentido inclinado a fomentarlas.

El ministerio proseguía en el curso ordinario de las cosas. Personas competentes actuaban con prudencia para transmitir, no autoridad, sino la verdad a toda la gente fervorosa. Dios puede levantar a una persona y darle la energía de su Espíritu, puesto que donde se revele se producirá un poder regenerador. El pasaje que estamos viendo supone manejar con sumo cuidado la transmisión de la verdad a personas aptas para este trabajo. Ambos principios rechazan por igual la idea de comunicar una autoridad oficial, y la asunción de que la asamblea lo sea para la fe y la propagación de la verdad. Si Dios suscitaba a quien quería para esta obra, los medios que empleaba para hacerlo, cuando no había ninguna operación especial de su parte, constituían la ocasión de transmitir la verdad a individuos capaces de extenderla. Esto es algo totalmente distinto a otorgar autoridad o al derecho exclusivo y oficial de predicar. Timoteo sabía que la verdad que tenía que inculcar en los demás la había recibido inspirada, y autoridad, por vía de revelación. Esto es lo que nos proporcionan los escritos de Pablo, de igual modo que otras escrituras inspiradas.

## Capítulo 2

El apóstol sigue enseñando las cualidades que Timoteo debía poseer para proseguir con la obra en medio de las circunstancias adversas que le rodeaban y por las que también pasaba la asamblea. En este tiempo debía sufrir penalidades y vejaciones como buen soldado de Jesucristo, permaneciendo alerta de no inmiscuirse en los asuntos de la vida. No puede permitírsele un soldado cuando está de servicio, por lo que procura soltarse de todo lo que le ata y agradar a quien le ha llamado a filas. Igual que los que son llamados a las armas, debía cumplir con su cometido y hacer lo que era apropiado para un siervo de Dios que se ceñía a la voluntad divina. En primer lugar, tenía que trabajar para poder tener derecho a disfrutar del fruto de su esfuerzo. Estas eran las condiciones del servicio para quien quisiera dedicarse a él. Había que resistir y abandonar cualquier lazo con el mundo para luchar con lealtad, trabajar antes que poner la mira en los frutos.

El apóstol regresa a los principios rudimentarios pero elementales de la verdad, a los sufrimientos propios del ministerio que, además, no significaban ningún impedimento para las operaciones del Espíritu de Dios a la hora de ampliar la esfera de propagación de la verdad y de la Palabra. Nada podía desinflar el poder de este instrumento de la obra.

La verdad del evangelio —el dogma no es el tema para tratar aquí— se dividía en dos partes, de las que el apóstol habla también en la Epístola a los Romanos: el cumplimiento de las promesas, y el poder de Dios en la resurrección: «Jesucristo es la simiente de David, resucitado de los muertos». Estos eran, por llamarlo de algún modo, los ejes centrales de la verdad: el Dios fiel a sus promesas, visto especialmente en relación con los judíos, y el Dios de formidable poder para producir algo totalmente nuevo con su fuerza creativa y vivificadora, tal como se manifestó en la resurrección y, además, ponía su sello en la persona y obra de Cristo.

Los problemas que se suscitan en la senda del servicio al evangelio tienen aquí un punto de vista peculiar en la mente del atribulado apóstol. Se trata de la participación en los sufrimientos cristianos, que en el caso de Pablo eran acentuados. Las expresiones que utiliza son las que podrían emplearse cuando habla de Cristo y de su amor. En cuanto a la propiciación, es evidente que nadie más podía tener parte en ella, pero en lo que se refiere a la devoción y al padecimiento por el amor y la justicia, tenemos el privilegio de sufrir con Él. ¿Qué parte tenía aquí el apóstol

con estos sufrimientos? «Yo padezco —dice— todas las cosas por amor a los escogidos». Esto es lo que hizo el Señor, y el camino que el apóstol holló con conocimiento de causa con la misma intención: «[...] para que obtuvieran la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna». El lenguaje suena maravillosamente bien en otros labios que no son los del Señor.

Fijaos también que cuanto mayores son los sufrimientos —y lo pequeños que resultan los nuestros en comparación—, como fruto del amor por los objetos de los consejos divinos, mayor es nuestro privilegio y participación en la gloria que formó al Cristo terrenal.

Este pensamiento sostiene al alma en sus tribulaciones. La energía del amor al predicar el evangelio fluye hacia todos. La insistencia en la aflicción, en los problemas y en la deserción se mantiene por el sentimiento de los consejos divinos. Se padece todo por los escogidos de Dios, a fin de que puedan tener la salvación y la gloria eterna. Este era el sentimiento del corazón de Pablo. Conocía el amor divino e intentaba, a costa del sufrimiento que pudiera ocasionarle el tempestuoso mar del mundo, que gozaran de la salvación y la gloria que Dios les concedía a quienes eran sus objetos. Esta palabra era verdadera, la que había oído declarar, pues si debíamos sufrir también reinaríamos con Él. Si le negaban, también Él les negaría. Las consecuencias de este acto mantenían su valor, estaban relacionadas con la inmutabilidad de su naturaleza y Ser, y se mostraban con la autoridad de su juicio. Él no puede negarse porque haya otros que le sean infieles.

Timoteo se esforzó por mantener estos principios relativos a la naturaleza moral del Señor, y no se dejó intimidar por especulaciones que subvertían a las almas y corrompían la fe. Tenía que mostrarse un obrero aprobado por Dios, que al estar lleno de la verdad y saber cómo explicarla desde sus diferentes vertientes, no se avergonzara de su obra ante el posible desliz del que pudieran acusarle. Los pensamientos profanos e inútiles de la especulación humana era lo que tenía que evitar, puesto que no producían sino impiedad. Podrían aparentar mucha envidia, como las afirmaciones de que la resurrección ya había tenido lugar (y que, desde una perspectiva carnal, traspasan todo límite de nuestra posición en Cristo), pero estas doctrinas podían llegar a roer como la carcoma. De quienes hablaba el apóstol, habían hecho fracasar la fe de algunos, y su convicción en cuanto a la verdad y su profesión. Pero aquí su alma se refugia en lo inmutable, independientemente del siempre estrepitoso fracaso de la asamblea. El fundamento firme de Dios permanecía y tenía este sello: el Señor conoce a los que son suyos. Esta era la parte divina que nadie podía alterar. La otra debía ponerla el hombre: el que profesaba el nombre del Señor debía apartarse de iniquidad, en lo referente a la responsabilidad humana; sin embargo, era característica del fruto y de la gracia que esta obra fuera genuina.

Tenemos aquí suficiente evidencia del estado de cosas que está considerando la epístola, sobre todo que el testimonio de la asamblea había adquirido otro carácter muy distinto al del principio. Ahora el individuo se veía encomendado a su propia fidelidad como recurso para escapar de la corrupción general. El fundamento firme de Dios era el conocimiento divino de quienes le pertenecían, y la separación personal de todo el mal. Sin embargo, el testimonio de la asamblea adquiere, en opinión del apóstol, el carácter de una casa grande en la que hay todo tipo de utensilios: vasos de honor y de deshonra, unos de valor y otros no tanto. El varón de Dios tenía que limpiarse de los últimos, mantenerse apartado y no contaminarse con lo que era falso y espurio. He aquí un principio de gran importancia que el Señor nos ha dejado en su Palabra. Permitted que el mal se manifestara en tiempos de los apóstoles hasta llegar el momento de poder establecer esta base mediante la revelación, aquella que tenía que gobernar a los cristianos. La unidad de la asamblea es tan apreciada y tiene tal autoridad en el corazón que había el peligro de que amenazara ruina, por temor de que este deseo de unidad del testimonio indujera a los fieles a aceptar el acecho del mal y aun así siguieran caminando juntos antes que romper con él. Por tanto, queda establecido el principio de responsabilidad personal y de fidelidad individual a Dios por encima de otras consideraciones; tiene que ver con Su misma naturaleza y autoridad en la conciencia del individuo. Él conoce a los que son suyos, he aquí la base de esta confianza. No digo quiénes puedan ser, pero sí que los que nombran a Jesús se

separen de todo mal. Aquí veo lo que sí puedo reconocer. Tener en la práctica la posibilidad de unirme con este Nombre y el mal es una blasfemia.

El conjunto de lo que se autodenomina cristiano es considerado una casa grande. El cristiano se encuentra, en la esfera de su testimonio, dentro de ella, le guste o no, pues la casa grande es todo aquello con lo que se identifica el cristianismo. El creyente se limpia de todo vaso que no sea para honrar al Señor. Esta es la regla de fidelidad del cristiano, para mantenerse personalmente limpio de la comunión con el mal y ser un vaso de honra a disposición del Maestro. Todo lo que sea contrario al honor de Cristo en aquellos que profesan su nombre, es de lo que tienen que separarse. La disciplina para las faltas individuales no es lo que trataremos aquí, ni tampoco la restauración de las almas en una asamblea que en parte ha perdido su espiritualidad, sino que hablaremos de una línea de conducta para el cristiano ante la multitud de formas que deshonran al Señor.

Estas enseñanzas son importantes a la vez que solemnes. Lo que las apremia es por naturaleza doloroso, pero apuntan a la fidelidad y la gracia de Dios. La dirección está clara cuando nos hallamos en circunstancias similares. Nunca podemos ignorar la responsabilidad que tenemos a nivel individual.

Cuando el Espíritu Santo obra de manera enérgica y triunfante sobre el poder del enemigo, los individuos congregados en la asamblea desarrollan su vida en ella según el plan establecido de Dios y en su presencia. El poder espiritual que hay en todo el cuerpo actúa si es preciso en la conciencia y guía el corazón del cristiano, por lo que el individuo y la asamblea siguen adelante bajo su influjo. El Espíritu Santo, que está presente, sostiene al individuo en la plena presencia de Dios. Los extraños se ven incluso obligados a confesar que Él está allí, donde reinan la santidad y el amor. Cuando el efecto de este poder desaparece, la responsabilidad individual no cesa pese a que de forma paulatina la cristiandad haya dejado de responder a la idea original de Dios sobre la forma de congregarse. Su importancia nunca disminuye, dado que la autoridad y los derechos divinos sobre el alma corren serio peligro. Lo que sin razón alguna se llama cristiano deja de funcionar como guía, y entonces el individuo se ve obligado a conformarse con la sola voluntad y dirección del Espíritu, según la luz recibida.

Dios podrá congrega a los fieles, lo que es una gracia de su parte, y su mente también intervendrá, pero la responsabilidad individual del creyente velará por que no se rompa la unidad, por débil que sea, y la mantendrá siempre que le sea posible. Se trata de preservar el carácter del cristianismo en nuestro camino y de responder a la revelación que hemos recibido de la naturaleza de Dios y su voluntad.

Al limpiarse de cuantos sean deshonrosos, el siervo de Dios será honorable y se santificará cuando se prepare para acometer toda buena obra. Esta separación del mal no es una cosa negativa, sino el resultado de haber comprendido la Palabra. En cuanto soy capaz de entender lo que significan la santidad divina y sus derechos, la incompatibilidad de su naturaleza con el mal, saber que permanezco en Dios y él en mí, que Cristo debe ser honrado cueste lo que cueste, que solo lo que es igual a él es lo que puede dignificarle y su naturaleza y derechos sobre mí son la única norma para mi vida, la separación para él será acorde a su voluntad y me mantendrá apartado del mal. Es imposible caminar con quienes le deshonran y, al mismo tiempo, andar por un camino limpio del error.

Lo que viene a continuación demuestra el principio santificante de esta exhortación. Dice el apóstol: «huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor». Un soplo de aire fresco que procede de la rica atmósfera de la presencia del Señor, donde el alma goza de salud y fortaleza. Toda corrupción permanece alejada de este lugar, y además vemos —y suele negarse a menudo— que podemos y debemos identificar a quienes invocan el nombre del Señor de corazón limpio. Nosotros no decidimos quiénes son los que le invocan, pero él los conoce. Con los que se llaman así tenemos que identificarnos, reconocerlos y andar unidos. La afirmación de que no podemos encontrarlos constituye un claro desafío de una norma explícita de las escrituras, imputable tan solo a un estado en que la corrupción hace que el cristianismo de los vasos de honra quede velado.

Como vemos a lo largo de estas epístolas, el apóstol exhorta a evitar las cuestiones vanas que no aportan ninguna enseñanza divina. Solo generan discusiones estériles y conflicto, y el siervo del Señor no está llamado a este tipo de luchas. De parte de Dios, expone pacíficamente y con amor la verdad, con la esperanza de que Él, en su gracia, permita que quienes se oponen también se arrepientan y puedan aceptarla, pues están en juego el corazón y la conciencia.

La verdad de Dios no es para la comprensión humana, sino una revelación de él y de sus consejos. Para entrar en tratos con Dios antes hay que tener el corazón y la conciencia comprometidos; no solo está en juego la revelación. Los cristianos son llevados a una relación con el Ser divino mediante acciones que deberían causar el más poderoso efecto en el corazón y la conciencia. Si no lo consiguen es porque están endurecidos, y su estado no es nada halagüeño. El Espíritu de Dios actúa sin dudarle en el entendimiento, pero la verdad se aloja en la conciencia y en el corazón. Si no los alcanza, nada más puede hacerse. Imposible hallar una verdadera comprensión de la verdad hasta que no sean tocados, dado que con la verdad divina las cosas se comprenden antes que con las palabras, como con «nacidos de nuevo» (cf Jn 8:43). Por otra parte, sirviéndose del error, y con la mente ocupada en él, Satanás impide esta acción divina y encierra en cautiverio el todo del hombre para que haga la voluntad del enemigo del alma.

### Capítulo 3

Esta influencia maligna acechaba a las personas. El poder de la verdad santa de Dios disminuía en la asamblea y entre los cristianos, y quienes se hacían pasar por ellos se sometían por influjo del adversario a la expresión de la voluntad y las pasiones humanas, aunque quisieran mantener una apariencia piadosa. He aquí una curiosa condición que traiciona notablemente la obra del enemigo. Es lo que cabría esperar de esos tiempos difíciles.

La oposición abierta del enemigo es sin duda dolorosa. Engaña a las almas con las formas especiosas que simulan una apariencia de piedad, y sin embargo la carne acepta con mayor disposición que las de nombre cristiano auténtico. Los peores rasgos del corazón humano forjan su alianza con el cristianismo oficial. ¿En qué acaba convirtiéndose entonces el testimonio? Por llamarlo de alguna forma, en una profecía vestida de saco de cilicio.

Pulula cierta actividad en esta maldad peligrosa de los últimos tiempos. Estos impostores entran en las casas para engatusar a las almas débiles que, gobernadas por sus pasiones, siempre están aprendiendo y no alcanzan ninguna meta. Maestros como estos resisten la verdad, son hombres de mente corrompida y réprobos en cuanto a la fe, pero no conseguirán llegar muy lejos porque Dios descubrirá su locura y falsedad, poniendo en evidencia sus artificios, que no van a poder esconder por más tiempo.

El varón de Dios debe apartarse de embaucadores que ejercen una influencia dañina con sus mentiras. Dios los va a desenmascarar llegado el momento, y entonces todos juzgarán y condenarán su farsa. El hombre espiritual ya lo hace, mientras ellos siguen confiados en que van a continuar engañándolos.

Fijémonos en la lamentable condición de los tiempos que relata el apóstol. Si comparamos la lista de pecados y abominaciones que eran habituales en los paganos —de profunda degeneración moral y tenebrosa adoración a los demonios—, son casi los mismos que los del catálogo de quienes fingen ahora esta piedad, y desde el punto de vista moral bastante semejantes, solo que aquellos pecados exacerbados del hombre inmoderado no salen aquí, siendo la forma de la piedad solo su precuela. Sobrecoge pensar que la misma grieta aparecida entonces tenga que reproducirse en el cristianismo, cuyo nombre sirve solo de excusa para asumir en su seno la forma piadosa. Pero, en realidad, se trata de la misma naturaleza y pasiones, del mismo poder adversario, con el añadido de la hipocresía. En definitiva, del alejamiento de la doctrina del Mediador, de su corrupción, de igual modo que el paganismo había corrompido la doctrina verdadera del único Dios.

Se le ofrece al varón de Dios dos pautas para su conducta frente a los vasos de deshonra y los hombres que obran con el espíritu de los últimos tiempos. De los primeros tiene que purificarse, centrarse en mantener un camino de fidelidad, limpiarse de lo que no produce honra al nombre de Cristo ni lleva el timbre de un deseo ardiente por su gloria, a pesar de hallarse en la casa grande. El varón de Dios será un vaso de honra preparado para el uso del Maestro. Apartándose de los vasos malos, se protegerá del empobrecimiento que degrada el testimonio cristiano y se mantendrá lejos de lo que pueda afearlo.

Del ejemplo que los hombres dan, denotando el carácter peligroso de los últimos tiempos, no solo hay que apartarse, sino mostrar una total aversión y aborrecimiento a unos adversarios que corrompen la verdad y únicamente tienen su título, como instrumentos en las manos enemigas. Hay que alejarse de ellos y dejar que Dios los juzgue.

Timoteo tenía como ejemplos el camino y el espíritu del apóstol. Había pasado tiempo con él y había visto, en tiempos de crisis, su paciencia y bondad, las persecuciones que había aguantado, y que el Señor le había librado de todo. Lo mismo sucedería con los que intentasen vivir según la piedad de Cristo Jesús: sufrirían persecución. Los hombres malos y seductores irían de mal en peor al engañar a otros, siendo a la vez engañados ellos mismos.

El carácter de los últimos tiempos adquiere matices claros. Pablo no da ninguna esperanza al conjunto del cristianismo. Describe el progreso del mal y su evolución bajo distintos aspectos, a los que ya hemos aludido: la casa grande —el conjunto de la cristiandad—, donde se encuentran los vasos deshonorosos, y la actividad clamorosa de la corrupción y de los instrumentos que la siembran, aunque finjan piedad. Bajo este último aspecto, los malos irán a peor, aun así la mano poderosa de Dios manifestará la insensatez de sus caminos.

Distinguimos, en esta segunda categoría, el orgullo y la corrupción de cuantos se someten a esta influencia maligna y se esfuerzan por difundirla. Estos, dice el apóstol, son los que entran en las casas a hurtadillas, algo propio de las masas que han sido seducidas, pero esta vez son otros los embaucadores que hacen frente a la verdad con sus marrullerías. Dios está dejándolos en evidencia para salvar la fidelidad de los suyos. En general, las obras malas de aquellos continuarán, y crecerá la seducción de forma estrepitosa hasta el fin, instante en el que Dios descubrirá a los que se hayan apartado de él y entregado a las divagaciones de la mente, intentando diseminarlas.

El apóstol le explica a Timoteo que cuenta con una salvaguarda para mantenerse imperturbable en la verdad, todo a través de la gracia y el gozo de la salvación divina. Su seguridad radica en la certidumbre de la enseñanza que ha recibido a través de las Escrituras, como doctrina auténtica inspirada documentalmente que anuncia la voluntad, hechos, consejos y naturaleza de Dios. Obedecemos lo que conocemos porque sabemos de quién lo aprendimos. El principio es sencillo, a la vez que importante. Avanzamos en el conocimiento divino sin desfallecer ante opiniones nuevas mientras somos enseñados por Dios, y sabemos que es así por una fuente divina y directa. Con esto que acabo de decir me refiero a que Dios le comunica a alguien la verdad y le da autoridad para divulgarla. Cuando sé quién es esta persona, me convierto en el receptor de su mensaje, de una comunicación divina. Es cierto que las escrituras nos sirven de contraprueba, pero de igual forma que los apóstoles, que se disponían a demostrar que un ministro poseía un don para comunicar la mente de Dios, yo recibo de Su parte el mensaje con el ejercicio de este ministerio. La asamblea no se tiene en cuenta; no puede ser el vaso de la verdad que se le comunica. Lo son los individuos. Ya vimos que su cometido era confesarla, no difundirla. Nos referimos a personas a las que Dios revela la verdad, como los apóstoles y profetas. Les comunica, como vasos escogidos a tal efecto, lo que quería contar al mundo, y así lo hicieron ellos. El que no había recibido esta revelación directa de Dios no podía darla a conocer; el hombre formaba parte de ella, por lo que entonces no puedo decir «sé de quién la he aprendido», como si supiera que la he recibido directamente por revelación divina.

Cuando Dios tenía algo que comunicar a la asamblea, lo hacía mediante ministros como Pablo, Pedro y un largo etcétera. La asamblea está compuesta por individuos, pero no puede recibir una revelación colectivamente, en masa, a menos que todos sus miembros escuchen al

mismo tiempo la voz de Dios, que no es la forma que él tiene de hacerlo. El Espíritu distribuye a cada uno por separado y a voluntad. Hay profetas, y de ellos dice el Espíritu «me separo para mí a Pablo y Bernabé». Cristo ha dado dones a los hombres, unos apóstoles, otros profetas. Por consiguiente, el apóstol no dice dónde, sino de quién hemos aprendido estas cosas.

Tenemos, pues, la primera base de esta certidumbre, poder y garantía para el varón de Dios respecto a la verdad. No se le ha revelado directamente a él, sino a Pablo y a otros instrumentos escogidos para cumplir con este favor especial. Pero Timoteo sabe de quién la ha aprendido, de alguien —Pablo, en este caso— al que se le había inspirado la Palabra y tenía autoridad divina para comunicarla, de forma que quienes aprendieran de él supieran que era exactamente la verdad, y su forma, que Dios se complacía en presentar.

Hay otro medio de un carácter más particular, las Escrituras, que constituyen el fundamento de la fe del varón de Dios y le orientan en todos sus caminos. Dijo el Señor Jesús sobre Moisés: «si no creéis sus escritos, ¿cómo vais a creerme a mí?». Sus palabras eran las palabras de Dios, que no establecían ningún contraste con lo que pone en la palabra escrita, salvo con la manera de comunicarla. Dios se complace en utilizar este medio como una autoridad duradera. Pedro dice: «ninguna profecía de las Escrituras...». Hay muchas que no constan por escrito, y sin embargo tenían para las personas a las que iban dirigidas autoridad divina. La Palabra habla en más de una ocasión de los profetas, que debieron de dar un mensaje y en cambio sus profecías no llegaron hasta nosotros. Eran instrumentos que dieron a conocer la voluntad divina y guiaron a su pueblo en otra serie de circunstancias, sin que esto significara estrictamente una revelación especial para Israel, el mundo o la asamblea. No se trataba de una revelación general ni permanente para la enseñanza del alma en aquellos periodos.

Multitud de cosas que Jesús dijo no se reproducen en las Escrituras, de modo que no se trata solo de quién hemos escuchado la verdad, sino también del carácter de lo que se ha comunicado con ella. Cuando es para el beneficio perpetuo del pueblo o de la asamblea de Dios, él hizo que se escribieran y quedase constancia de que su función era enseñar y dar el alimento a sus hijos en todas las épocas.

La frase «sabiendo de quién has aprendido» nos establece sobre una autoridad apostólica y personal, en la que los apóstoles figuran como maestros autorizados por el Señor. Dice Juan: «quienes sean de Dios, que nos escuchen». Las escrituras no necesariamente debían escribirlas los apóstoles, pues Dios ha encomendado este sagrado depósito al bienestar intemporal de su pueblo, plasmando en ellas su voluntad y verdad. Las escrituras tienen esta clase de autoridad. Y no es eso lo único que, como hombre espiritual, uno puede recibir para su provecho, entendido como lo que se aplica al alma del individuo. Son las Sagradas Escrituras íntegras, tal como las poseemos, las que tienen esta autoridad.

Desde su infancia, Timoteo las había leído, y estos escritos le guardaron, con su autoridad divina, del error, proporcionándole las verdades que necesitaba aprender. Para poder aplicarlas correctamente, la fe en Cristo era un requisito, y a él le valían las que había conocido ya en su juventud. Es importante observar que el apóstol habla del tipo de escrituras que son, como las leería un niño, sin mencionar siquiera lo que una persona convertida o espiritual pudiera encontrar en ellas, sino simplemente los santos escritos.

Podríamos decir que Timoteo poseía de niño el Antiguo Testamento. De acuerdo, pero lo que tenemos delante es el carácter, por definición, de las Santas Escrituras. Como decía Pedro de los escritos de Pablo, «... ellos tuercen, como también las demás escrituras». En el instante en que reconocemos que el Nuevo Testamento tiene derecho a llamarse así, sus escritos poseen el mismo valor y autoridad que el Antiguo Testamento.

Las Escrituras son la permanente expresión de la mente y voluntad de Dios, suministradas con su autoridad; edifican y son de provecho, pero eso no es todo. Son inspiradas, lo que no quiere decir que la verdad esté en ellas solo por el hecho de serlo, no es esto lo que afirmamos. Afirmamos que están inspiradas.

La mayor parte del Nuevo Testamento se compone, en su primer origen, de una autoridad: «sabiendo de quién las has aprendido»; es decir, todas las escrituras que los apóstoles han

dejado, porque al aprender la verdad en ellas puedo decir que sé de quién la he aprendido (de Pablo, Juan, Pedro, etc.); pero además, al ser recibidas como escrituras, tienen la autoridad de unos escritos a los que Dios ha dado, como forma de comunicación, preferencia sobre la oralidad, y son una norma perdurable para juzgar toda palabra transmitida oralmente.

Las Escrituras están inspiradas. Enseñan, juzgan el corazón, corrigen y disciplinan conforme a justicia, para que el varón de Dios sea perfecto y profundamente instruido en Su voluntad, que su mente se desarrolle según esta voluntad y esté totalmente preparado para las buenas obras. El poder para realizarlas viene de la operación del Espíritu, de la protección contra el error y de la sabiduría que conduce a la salvación en las Escrituras, las únicas capaces de proporcionarla. Tenemos que obedecer lo que hemos aprendido de los apóstoles y dejar que nos dirijan los escritos divinos.

¿Deja de lado esta suma autoridad de las Escrituras el ministerio? Desde luego que no, puesto que constituye el fundamento de la doctrina de la Palabra. Un ministro lo ejerce —basado en la palabra escrita— como una autoridad y una garantía para todos, imprimiendo a sus palabras la potestad de Dios en la conciencia y en aquellos a quienes enseña o exhorta. Como complemento, está la actividad del amor en el corazón de aquel que desempeña el ministerio, si es real, y la acción poderosa del Espíritu, si de veras está lleno de él. Lo que proclama la Palabra silencia toda oposición en el corazón o la mente del creyente. Así respondió el Señor a Satanás, reduciéndolo al silencio.

Quien no se somete a las palabras de Dios demuestra con este gesto rebelarse contra él. La norma divina establecida se encuentra en las Escrituras, y la acción enérgica del Espíritu en su ministerio, aunque de todas formas Dios puede actuar hablando directamente al corazón. Pese a ello, una vez completada la revelación, el ministerio ya no puede tener autoridad, pues de lo contrario habrían existido dos revelaciones y serían una inevitable repetición de las primeras, y en caso de diferir, no existiría autoridad alguna.

Si las revelaciones no estaban completadas, no hay por qué dudar de que vendrían más. El Antiguo Testamento dejó sin relatar la historia de Cristo, la misión del Espíritu Santo y la formación de la asamblea. Y porque estos hechos no se habían aún cumplido, no podían formar el núcleo de enseñanzas históricas y doctrinales cuando ni siquiera la iglesia había surgido como tema de profecía. Pero ahora que todo está acabado, Pablo nos dice que él es ministro de la iglesia para poder llevar a su conclusión la palabra de Dios (Col 1:25).

#### Capítulo 4

Observad que el apóstol continúa insistiendo, como asunto de principal responsabilidad, en que Timoteo se dedicara al ministerio con tanta más energía que la que menguaba y, por otro lado, crecía en la asamblea con la voluntad de los cristianos. Eso no quería decir que tuviera que arrojar duda alguna sobre su constante deber de acometerlo, fuera o no una tarea halagüeña. Como vimos, el apóstol tiene presente dos periodos de tiempo distintos: el declive de la asamblea, ya comenzado, y la todavía peor condición que estaba por llegar. La aplicación especial de la exhortación al primer periodo la expresan las palabras «sé constante, a tiempo y fuera de tiempo... porque vendrá el momento cuando no sufrirán la sana doctrina... y apartarán la verdad del oído y se volverán a las fábulas».

¡De qué manera más fiable expone el apóstol la ruina de la iglesia! Su mermada condición disponía el punto de partida (a su juicio, en el Espíritu) hacia una ruina todavía más acentuada, pese a llamarse cristiana la masa de quienes llevaban el nombre de Cristo y ya no sufrieran la sana doctrina del Espíritu Santo. Sea como fuere, Timoteo tenía que velar soportando la aflicción, trabajar pacientemente, mostrar diligencia y redoblar sus esfuerzos mientras quisieran escucharle, para ganar las almas de los inconversos (una prueba de fe cuando el corazón está abrumado por la infidelidad de quienes están dentro), y ejercer plenamente su ministerio. Por este motivo estaba abandonando la escena el poder apostólico.

Sin embargo, hay algo más que apuntar al inicio de este capítulo. Es evidente que la plenitud de la gracia no es lo que caracteriza aquí a la epístola. Las exhortaciones a Timoteo se dan delante de Dios y del Señor Jesucristo, quien «juzgará a vivos y muertos cuando se manifieste en su reino». Ya hemos hablado de ello. La manifestación de Jesús está relacionada con la responsabilidad. En otro género de cosas, su venida es con el objeto de llamarnos a sí mismo, en relación con nuestros privilegios. Aquí vemos algo muy distinto aquí; no se trata de la asamblea ni de su introducción a la casa paterna, sino de la manifestación del reino. Todo lo relativo a la responsabilidad, al gobierno y el juicio converge en un único punto. Aun así, el apóstol no habla en la epístola de la asamblea en este sentido, que además no es juzgada porque sea la esposa del Cordero. Juzgada es la cristiandad como responsable de llamarse iglesia mientras está el Espíritu Santo en la tierra. Se nos advierte al respecto del caso de la iglesia de Éfeso. No es en tiempos de esta epístola que comienza el juicio, sino en el capítulo 2 de Apocalipsis, donde la asamblea es vista como casa, no como cuerpo.

La porción de la asamblea y la de sus miembros es la gracia, no el juicio. Se van a encontrar con el Señor en el aire antes de su manifestación. A lo que se refiere el apóstol es a esta manifestación y al reino. El Señor ejecutará el juicio cuando aparezca en gloria vestido de la autoridad del reino. La presentación de la asamblea a sí mismo concluirá la obra de la gracia. Cuando aparezca, nos manifestaremos con el Señor en la gloria, la gloria del reino (como vimos en la transfiguración), y él juzgará a los vivos.

Mantendrá la autoridad de su reino dentro de un orden nuevo de cosas durante un largo periodo, en el que se ejercerá juicio si la ocasión lo requiere, y todo el tiempo que dure este reinado, puesto que un Rey gobernará en justicia y la razón irá de su mano. Antes de entregar el reino a Dios Padre, él juzgará a los muertos, dado que todo juicio es dado al Hijo. En resumen, el reino es un nuevo orden de gobierno fundamentado en Su manifestación, durante el cual se emitirá el juicio. Su fundación también depende de la expulsión de Satanás del cielo, momento en que será establecido, y se mostrará autoridad cuando se manifieste el Señor. El conocimiento de que este juicio va a ser real da nuevas alas al amor para cumplir el ministerio con sobriedad, diligencia, y poder afianzar las manos en un sentimiento de unidad con quien vaya a ejercerlo. El apóstol se vale de su pronta partida como un motivo más para exhortar a Timoteo a llevar a cabo por entero su ejercicio. Su corazón se ensancha con el pensamiento de esta partida.

El vacío que deja la obra apostólica —un hecho demasiado serio con relación a la posición de la asamblea— hace más apremiantes las obligaciones del varón de Dios. De la manera en que la ausencia de Pablo es una razón para que nos procuremos salvación con temor y temblor, también constituye otra para aquel que se dedica al ministerio evangélico de entregarse en cuerpo y alma a la obra y llenar lo más posible el vacío del apostolado, dispensando un solícito cuidado a las almas y enseñándolas en la verdad que ha aprendido.

No podemos ser apóstoles ni volver a poner las bases de la asamblea. Esto ya se hizo, pero sí podemos edificar sobre este fundamento con la verdad que hemos recibido del apóstol y de las Escrituras que Dios nos ha dado, con un amor infatigable por las almas. El fundamento no puede ponerse una segunda vez, pero sí le reconocemos el valor que tiene edificando encima de él, teniendo cuidado de las almas y de la asamblea, a la que el apostolado ha concedido una posición y unos cimientos imperecederos delante de Dios. Esto es de lo que nos tenemos que encargar durante la ausencia del don que puso el fundamento.

El carácter que Dios le dio ya quedó sellado en la obra, y el fundamento único quedó asentado. La asamblea ocupa un lugar único en los consejos divinos. La norma que Dios da está en la Palabra. No tenemos más que actuar según aconseja el apóstol, al impulso que ha dado el Espíritu. No podemos ejercer autoridad de apóstoles, pues nadie puede serlo en este sentido; sería imposible, puesto que no pusimos ningún fundamento, y de haberlo puesto estaríamos negando lo que se había hecho al principio. El fundamento quedó puesto al comienzo y ahora desempeñamos una labor en la medida de nuestro don, con tanta más devoción si cabe y la misma intensidad con que amamos la obra efectuada por el apóstol, porque él ya no se encuentra aquí para sostenerla.



La obra de Pablo había terminado. Si los demás querían ser desleales, él había sido fiel. En la buena batalla del evangelio de Dios, había luchado hasta el final y resistido con éxito los ataques del enemigo; ahora solo tenía que esperar recibir su corona. Había guardado la fe que se le encomendó, y le pondría sobre la cabeza una corona de justicia el Juez justo, que la tenía reservada para él tras reconocer su fidelidad en el servicio. No sería hasta el día de las recompensas que la recibiría. Vemos claramente que es un premio por el trabajo y la fidelidad mostrados. Esto es lo que caracteriza a toda la epístola, no los privilegios de la gracia.

La obra del Espíritu a través de nosotros es recompensada por la corona de justicia. Cada cual tendrá una recompensa por su trabajo. Por gracia, Cristo nos lleva a disfrutar a todos de su gloria para estar junto a él y en su semejanza, lo que ya forma parte de nuestro estado según los consejos eternos. Por otra parte, el Padre está preparando un lugar para que el Hijo se lo conceda a todo creyente que, dada su situación particular, haya llevado a cabo fielmente su obra ayudado por el poder espiritual. No será Pablo solamente quien vaya a recibir su corona de manos del Juez justo, sino que todos cuantos amen la manifestación del Señor aparecerán junto a él en la gloria, personalmente diseñada y declarada legítimamente suya cuando el Señor vuelva. Desapegados del mundo, y sabedores de que es perverso y rebelde, los fieles sienten toda la carga que el dominio de Satanás ejerce en el corazón y anhelan ver la manifestación de Aquel que pondrá fin a este peso, a la rebelión, la opresión y miseria al introducir, a través del juicio que la bondad inspira, la libertad y la paz de corazón en la tierra. El cristiano compartirá la gloria con el Señor cuando este se manifieste, y el mundo será también soltado de todas las cadenas que ahora mismo le atenazan.

Vemos asimismo que los privilegios de la asamblea no son el tema principal, sino la retribución pública cuando Jesús aparezca ante todos manifestando su gloria. El corazón ama la manifestación de Aquel que extirpará el mal.

A continuación, vemos cómo se desarrolla este mal y la manera en que el apóstol cuenta con el afecto personal de su amado hijo en la fe. Probablemente había buenas razones para el abandono de la mayoría, pero lo primero que acude a la mente del apóstol es la marcha de Demas por motivos puramente mundanos, momentos en los cuales se quedó totalmente solo. No solamente le habían abandonado la mayoría de los cristianos, sino que sus compañeros de la obra se habían marchado y el resto le dejó por otros motivos. Él había delegado la obra en algunos para que la propagasen, y de Demas no se dice que negase la fe, que renunciara públicamente al Señor, sino que su corazón no quería llevar la cruz con el apóstol.

Entre todos estos sufrimientos, un rayo de luz y esperanza brilla en la oscuridad.

Pablo rehusó trabajar con Marcos porque este había retrocedido ante los peligros de la obra y había regresado a Jerusalén, pero ahora desea su presencia porque le era útil para el ministerio. Es interesante la emocionante prueba que brinda la gracia al entremezclar los sufrimientos del apóstol con el prodigio obrado en Marcos, para instruirnos sobre su primer fracaso, del que Pablo no quiso saber nada entonces. Fijémonos también en los afectos y la confianza exhibidos en los mínimos detalles de su vida. Lleno del poder espiritual, el apóstol se muestra cordial, cercano y dispuesto a confiar en aquellos que caminan rectamente y dedican toda su atención al trabajo obrero. En el ocaso de su vida, entregado como estaba a la obra, Pablo tuvo la oportunidad de dedicarse al estudio, seguramente en relación con su propia obra, y para escribir lo que deseaba con tanto cuidado preservar: las epístolas, posiblemente.

Esto ocupa un lugar importante en las enseñanzas de la escritura sobre la vida del apóstol. Por expresarlo de algún modo, Pablo divagaba, la mayoría de veces, en el poder del Espíritu Santo, y cuando se vio solo y supo mantener la sobriedad mental, siguió ocupándose con diligencia y esmero de las cosas de Dios.

Le advierte a Timoteo acerca de una persona que le había dado la espalda, y le pone en guardia. De igual modo, la epístola aporta un matiz de justicia después de que hubiera obrado la gracia: «que el Señor —dice— le pague conforme a sus actos». Con relación a los que no tenían el valor de continuar a su lado, sabe rogar y responder por ellos como prisionero. No se había venido abajo, y su corazón, roto por la infidelidad de la asamblea, seguía siendo fuerte

para confesar al Señor delante de todos, y daba testimonio de que, aunque estuviera abandonado por los hombres, él permanecía a su lado para consolarle. Eso respondía delante de las autoridades, lo que brindó la ocasión de proclamar nuevamente en público aquello que lo había llevado a prisión. ¡Glorioso poder del evangelio cuando se ejercita la fe! Todo lo que hace el enemigo se transforma en testimonio, a fin de que los reyes y los poderosos, y todos los que de un modo u otro eran de trato inaccesible, escucharan la palabra de verdad y el testimonio de Jesucristo.

El testigo fiel fue también librado de la boca del león. Su confianza, firme y sin reservas, se apoyaba hasta el fin en el Señor, que le guardaría de toda obra mala hasta que llegara Su reino celestial.

Si el tiempo de su partida se aproximaba y tenía que morir sin ser transformado, no por ello había dejado de amar, como muchos, la manifestación del Señor. Mientras tanto, se disponía a irse con él para ocupar un lugar en el reino celestial.

Saluda a los hermanos con los que Timoteo tenía contacto y le insta a venir a verle antes del invierno. En esta ocasión, volvemos a ver que el milagroso poder concedido a los apóstoles lo ejercitaban estos en el servicio al Señor, no para sus intereses personales, como parecen sugerir sus inclinaciones de afecto. Por lo visto, Pablo había dejado a Trófimo enfermo en Mileto.

Es evidente que la epístola se escribió cuando el apóstol pensaba que se acercaba el momento de su partida y la fe de los cristianos no dejaba de ir en escandaloso declive, cosa que demuestra la forma en que le habían abandonado. Su fe era sostenida por la gracia, y no ocultaba que todo marchaba mal. Su corazón lo sabía y se dolía a resultas de ello, dado que veía cómo empeoraba todo. Pero el testimonio del apóstol continuó siendo firme, y él fortalecido para con el Señor en virtud de la gracia. Las fuerzas que el Señor le suministraba le hacían confesar a Cristo y exhortar a Timoteo a dedicarse al todavía más diligente y devocional ejercicio de su ministerio. Los días eran malos.

Si amamos al Señor y somos conscientes de qué significa él para la asamblea, percibiremos también la ruina imperante. El valor personal no decrece, pues el Señor siempre es el mismo y utiliza fielmente el poder para darnoslo. Si no lo hace en la asamblea que le rechaza, lo hará en aquellos que continúan con diligencia y lo ejercerá a través de ellos, según las necesidades individuales generadas por las circunstancias.

Recordémoslo. La indiferencia por el estado de la asamblea demuestra que no estamos cerca del Señor ni confiamos en él, pero si somos conscientes de esta ruina, la fe y sentimiento de lo que Cristo significa para ella nos harán confiar en él en mitad de la ruina que lamentamos. Se observará que el apóstol habla aquí del individuo, de la justicia y el juicio, no de la asamblea. Si se hace alguna referencia a la iglesia como casa grande es para indicarnos que contiene vasos de deshonra, de los que tenemos que limpiarnos. El apóstol previó un estado de cosas aún peor y no declarado todavía. Pero la fidelidad del Señor nunca nos fallará.

La primera epístola de Timoteo da instrucciones para el orden en la asamblea; la segunda, para el camino del siervo de Dios cuando está arruinada y manga por hombro.